

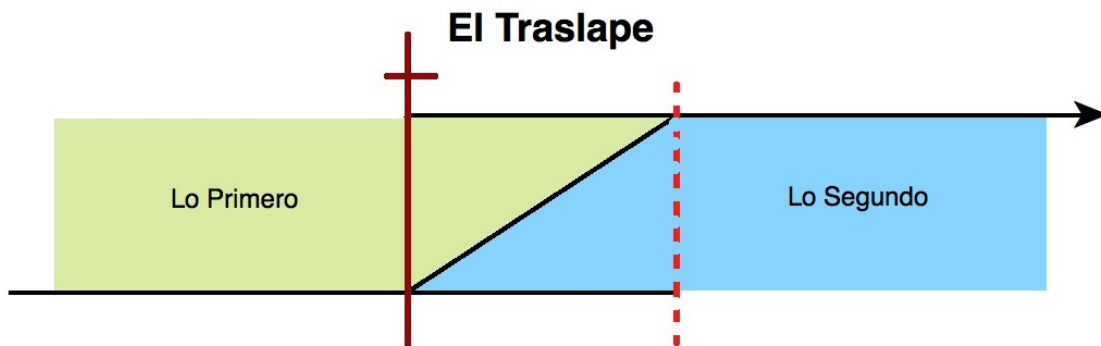
Jason Henderson  
Zoe, Costa Rica  
100502

### EL TRASLAPE III

Como dijimos antes, el traslape tiene que ver con lo que yo llamo lo primero y lo segundo. Lo primero era todo lo que apuntaba a Cristo, pero no era Cristo, es decir: el primer hombre, la primera creación, el primer pacto, todos los tipos y sombras, todas las profecías y promesas. Cristo es lo segundo, Él es la sustancia.

Dijimos también que el traslape corresponde a nuestra experiencia de Cristo en nuestras almas. Tenemos en nosotros mismos al primer hombre, de hecho, somos el primer hombre, el hombre rechazado por Dios, el que piensa que es el heredero de las promesas y que tiene una relación con Dios, pero que no es así. El primer hombre, es el hombre de nuestro nacimiento natural, Adán. Este hombre vive por medio de sus propios esfuerzos, ideas, pensamientos, creencias y naturaleza, y asume que tiene relación con Dios; sin embargo, por naturaleza es enemistad contra Dios.

Empezamos este tema con la historia de Ismael e Isaac, porque allí vemos el traslape. Hay dos hijos en la misma casa, ambos piensan que son el hijo verdadero, el heredero de las promesas y que tienen una relación con el padre. Durante ese mismo tiempo el primero persigue al segundo, y al final, Dios quita al primero y establece al segundo. Aunque por un tiempo ambos hijos están en la casa, Dios le dijo a Abraham: "Toma a Isaac, tu único hijo... y saca a Ismael de la casa, porque el primero no heredará con el segundo" (Génesis 21: 10). Esto es exactamente lo que sucede en nosotros. En el momento mismo del nuevo nacimiento hay en nosotros otro hombre, otro Hijo; sólo a este último reconoce Dios. Hay alguien en nosotros que hace y es la voluntad de Dios; Él es el que recibe la herencia y las promesas, el Hijo verdadero.



En la historia del Éxodo vemos lo mismo. En la puerta con sangre tenemos la obra consumada de Dios, pero hay un período de 40 años en los que Israel está haciendo una transición. La relación con Dios fue establecida en la puerta, pero ellos no entendieron dicha relación, por consiguiente, hay dos israelés, uno que

salió de Egipto y era mayor de 20 años, el cual rechazó a Dios, y otro que era menor de 20 cuando salió de Egipto y que entró a la tierra junto con Josué y Caleb. El primer Israel está muriendo y el segundo está creciendo. En este tiempo es que se da la lucha en los corazones de Israel y se produce el traslape. El traslape no existe en la mente de Dios, existe en nuestros corazones, porque no podemos o no queremos ver lo que Dios ha hecho. En el desierto Dios está tratando de mostrar al hijo verdadero, está tratando de mostrar Su obra consumada. Hay un traslape en la experiencia de Israel, porque aunque han salido de Egipto, Egipto sigue siendo real en sus corazones.

En la historia de Israel, Dios estableció en la puerta, el pacto con el pueblo, en ella la obra fue consumada. En un sentido muy real, cuando ellos pasaron por esa puerta dejaron Egipto. Sé que ellos literalmente salieron de Egipto al día siguiente, pero tan pronto como participaron del cordero muerto, Egipto quedó muerto para ellos. Así que en el inicio, en la mañana del siguiente día, ellos salieron a la luz de un nuevo día, al día del Señor, y sin embargo, las tinieblas seguían existiendo en sus corazones. Por esa razón, hubo un traslape de 40 años en el corazón de Israel. Sólo Josué y Caleb dijeron que la tierra era buena y que Dios se las había dado, el resto tenía sus corazones atrapados en Egipto y continuaron viviendo en el desierto a pesar de que Dios los había llevado a la tierra.

Una vez más esto tiene que ver con nosotros. Hemos nacido de nuevo, hemos nacido a una vida completamente nueva, a un día y a una luz completamente nueva, y sin embargo, seguimos caminando en la oscuridad de la mente no renovada. Vivimos en lo que es real en el desierto porque no podemos ver lo que es real en la tierra. Cuando nacimos de nuevo, Dios quitó lo primero y estableció lo segundo. Aún así, lo primero continúa sintiéndose real en nosotros. Ante los ojos de Dios no es así, porque nosotros hemos nacido de una nueva Semilla, pero en nosotros tenemos esa confusión entre lo primero y lo segundo, no entendemos la división que hizo la cruz. Por esa razón, Dios tiene que empezar a mostrarnos la división, a fin de sacar de nuestros corazones lo que Él ya quitó de Su vista y establecer lo que Él ya estableció en la cruz. Ese es el traslape, el traslape que existe en nosotros pero no en la mente de Dios.

Entonces llegamos a Saúl y a David y encontramos un cuadro de la misma historia pero con más detalles. Aquí lo primero y lo segundo es mostrado en dos reyes: Saúl y David. Como Saúl quedó corto de los deseos de Dios (siempre pasa igual con el primero), Dios arrancó el reino de él y se lo dio a David. Aún así, Israel continuó reconociendo a Saúl como rey por un período de 40 años, y poco a poco empezaron a reconocer a David.

**1Samuel 15:24-27 / 16:1 / 13:14**, *"Entonces Saúl dijo a Samuel: Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos. Perdona, pues, ahora mi pecado, y vuelve conmigo para que adore a Jehová. Y Samuel respondió a Saúl: No volveré contigo; porque desechaste la palabra de Jehová, y Jehová te ha desechado para que no seas rey sobre Israel. Y volviéndose Samuel para irse, él se asió de la punta de su manto, y éste se rasgó... Dijo Jehová a Samuel: ¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo*

*desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey... Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó”.*

El punto es que lo segundo empezó en “la cruz”, (cuando Dios juzgó lo primero, y ungió lo segundo) pero Israel no entendió el cambio, no entendió la obra consumada de Dios y siguió reconociendo al primero.

Aquí vemos varios de los mismos elementos. Primero, hay una lucha entre lo primero y lo segundo; el primero persigue al segundo. Luego, Dios protege al segundo, quita al primero aún cuando este continúa tratando de destruir al segundo. Al mismo tiempo en que Saúl está buscando destruir a David, David está siendo reconocido como el nuevo rey de Israel, más y más gente se está pasando de Saúl a David.

Hay muchos sitios en nuestras almas donde es necesario que el Rey sea revelado, donde el primero debe ser quitado y el segundo establecido. Son lugares, que como dice Pablo, deben ser llevados cautivos a la obediencia de Cristo, o conformados a Su muerte para que puedan experimentar Su resurrección. Así que, *“...nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal”* (2 Corintios 4:11). Pasamos del primero al Segundo cuando experimentamos la muerte, sepultura y resurrección de Cristo en nuestras almas.

En esta historia vemos como la gente de Saúl se está pasando a David, para encontrarse con él en una cueva; la cueva en los tipos y sombras, es un lugar donde se pone a los muertos, como sucedió con Jesús.

**1 Samuel 22:1-2 dice**, *“Yéndose luego David de allí, huyó a la cueva de Adulam; y cuando sus hermanos y toda la casa de su padre lo supieron, vinieron allí a él. Y se juntaron con él todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu, y fue hecho jefe de ellos; y tuvo consigo como cuatrocientos hombres”.*

El lenguaje que se usa aquí es muy importante, “los afligidos, endeudados y en profunda tristeza”, son evidencia de que lo primero no llena las necesidades de nuestras almas, por eso hay en nosotros algo que desea ir a David y unirse a él. Noten que no dice ser seguidores de David o creyentes de David, dice unirse a él en la cueva. El resultado fue un grupo pequeño en crecimiento, de aquellos que eran invencibles, los que llegaron a ser los poderosos de David: Uno mató a miles, diez eran como un ejército...

Vemos que el incremento de David (el segundo), es siempre la disminución del primero. Tal como dijo Juan el Bautista *“es necesario que él crezca y que yo mengüe”*; y no estaba hablando de un contexto de popularidad.

Dos cosas muy importante suceden en la historia de Saúl y David.

- La revelación del Segundo. Como punto interesante, David fue ungido tres veces: La primera vez frente a su familia, pero fue rechazado por sus hermanos. La segunda vez en Hebrón sobre las tribus de Judá y Benjamín. La tercera sobre todo Israel, aún así quedaron enemigos en la tierra. David tuvo que quitar lo primero por completo, por esa razón no pudo construir el templo, porque era un "hombre de sangre", y cuando hubo sacado todo lo primero, su hijo Salomón reinó en paz. En este sentido David es como Jesús el nazareno, el que llevó el juicio en Sí mismo. Salomón es como Jesucristo resucitado, que reinó en paz habiendo quitado el pecado.
- La conversión o la destrucción de lo primero. Esto corresponde a todo aquello que en nuestra alma debe ser conquistado por el Segundo. Cada lugar alto debe ser derribado, cada imaginación debe ser arrasada, cada pensamiento debe ser llevado cautivo a la obediencia de Cristo. Todo lo que haya en la tierra que no pertenezca a ella debe ser cortado, y eso es exactamente lo que está sucediendo en nosotros, hasta que lleguemos a ser una tierra sin estorbos, hasta que estemos alineados y seamos obedientes al Rey.

Nuevamente, este traslape no existe a los ojos de Dios. Dios sabía quién era el Rey en la cruz, porque Él le quitó el reinado a Saúl y se lo dio a David. La confusión es en la tierra, en nosotros, porque no sabemos quién es el Rey, quién es el Aceptado, el que agrada a Dios. Experimentamos en nosotros la lucha entre lo primero y lo segundo, porque en nosotros el primero busca agradar a Dios y vivir su vida para Dios, cuando Él ya lo ha rechazado. Dios no quiere que vivamos nuestras vidas para Jesucristo, sino que sean conformadas a Su muerte, para que Su Hijo pueda ser formado en nuestras almas. Si no perdemos nuestras vidas, no hallaremos la de Él.

Esa es la historia de la cruz, pero nosotros siempre estamos peleando contra ella, de la misma manera que Saúl peleaba contra David. Hubo dos o tres ocasiones en que Saúl mientras trataba de matar a David, se percató que no podía hacerlo y en un momento de claridad le gritó: "Yo sé que Dios te ha ungido como rey de Israel. Yo sé que Dios te ha dado esta tierra"; pero unas semanas después volvió a perseguirlo. Y eso es exactamente lo que sucede en nosotros. En un momento de lucidez decimos: "Yo sé que no soy nada. Yo sé que en mí no mora el bien. Yo sé que soy una rama muerta. Sólo la vida que es Cristo en mí puede producir lo que le agrada al Padre"; lloramos un par de horas, y luego volvemos a vivir para Dios en la carne.

Voy a decir un par de cosas sobre el último traslape histórico. Jesús murió en la cruz en los 30 y Dios destruyó a Israel, a Jerusalén y al judaísmo en los 70. Algunos podrían decir que no destruyó el judaísmo porque todavía existe, pero eso no es cierto. Hoy, a lo que se le llama judaísmo no tiene nada que ver con lo que Dios estableció en lo primero: No hay sacerdocio, no hay sacrificios, no hay templo, no hay altar, no hay... Todo lo que Dios estableció en lo primero y que apuntaba a lo Segundo, fue destruido por Dios en el 70. Fue destruido en Su corazón en la cruz y destruido de la tierra en el 70. Así que, tal como existe hoy, el judaísmo es absolutamente diferente a lo establecido en lo primero.

Dios subió a Su rey en la cruz y el Antiguo Pacto terminó allí, pero fue quitado de la tierra en el 70. En ese tiempo los judíos estaban bajo el poder romano y muchos de ellos esperaban que el Cristo los liberara de la opresión nacional, pero Él no vino a liberarlos de la esclavitud natural, vino a establecer un nuevo reino.

En el año 66 y 1/2, los judíos se rebelaron contra los romanos y empezó un tiempo terrible en Judea. Roma respondió sitiando cada ciudad del área, provocando que los habitantes empezaran a morir de hambre. Así, cuando abrieran las puertas y salieran a buscar comida, pudieran matarlos y destruir la ciudad. Algunos fueron llevados cautivos a Roma para que pelearan en el coliseo. Finalmente llegó el turno de Jerusalén, donde los romanos sitiaron la ciudad y mucha gente (500,000) murió de hambre. Cuando finalmente derribaron las paredes, más de un millón de personas fue muerto a espada, el templo fue quemado y todos sus utensilios fueron robados. Destruyeron la ciudad completa y cada uno de los ladrillos del templo fue arrastrado, solamente quedó la pared oeste del templo como prueba de que allí había habido una ciudad que Tito, el general romano a cargo de la destrucción, había conquistado.

La historia es interesante, ya sea que hablemos de Saúl y David o de la caída de Jerusalén, pero yo preferiría que nunca más pensáramos en esto, si ese traslape es más importante de lo que ocurre en nuestros corazones. A Dios no le interesa si usted entiende historia o no, la única razón por la que la historia podría ser importante, es porque nos pinta un cuadro natural de la realidad espiritual, pero nosotros necesitamos experimentar dicha realidad espiritual o de nada sirve aprender el cuadro natural. Como dice Pablo: "...y *entendiese todos los misterios y toda ciencia...y no tengo amor, nada soy*" (1 Corintios 13:2).